cir muchas Misas; y uno de ellos, veinte el día que murió. En los conventos de religiosas se le dijeron cantadas, y el día de su muerte, con el doble de sus campanas mostraban el sentimiento con que quedaban con la falta de tal varón y Padre suyo espiritual, que murió de 56 años de edad, y los 36 de religión en la Compañía de Jesús; el cual, profeso de cuatro votos, pasó á la gloria á recibir el premio de su religiosa profesión, y de los santos ministerios que ejercitó en ella hasta la muerte.

CAPITULO XXV.

Vida, virtudes y evangélicos Ministerios del Apostólico Misionero Padre Pedro Mendes.

§ I.

Su entrada en la Compañía, y primeros ministerios que en ella ejercitó. Año de 1643.

Aunque en nuestra historia de los triunfos de la fe hicimos larga relación de los trabajos apostólicos que este varón santo muchos años padeció en la predicación del santo Evangelio, entre gentes bárbaras y fieras, y las muchas almas que bautizó y trajo al rebaño de Cristo y de su santa Iglesia; pero no escribimos de propósito su vida, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, que nos enseña nos abstengamos de alabar á los que aun todavía peregrinan en esta vida mortal. Pero habiendo ya pasado de ella el Padre Pedro Mendes cuando esta historia se escribe, y habiéndonos dejado los heroicos ejemplos de admirables virtudes que por todo el discurso de su santa vida y prolongados años nos dejó, y por haberlos consumado en nuestra Casa Profesa donde murió, y de cuyos sujetos vamos tratando, juzgamos por propio lugar éste, para escribir más dilatadamente de este apostólico varón, á quien conocí y traté por muchos años, de los que se empleó en la predicación evangélica de las naciones dichas, y fuí testigo de sus admirables virtudes y celo incansable de la salvación de las almas.

Nació el Padre Pedro Mendes en Villaviciosa, Estado de Braganza en el Reino de Portugal; de sus Padres no tenemos noticia, que siempre con particular estudio, por el raro silencio y religioso despego que tuvo de sus parientes, encubrió: aunque bien podemos colegir la bondad del árbol por la bondad y calidad de sus frutos. Y debía de guardar ese silencio de carne y sangre este santo varón, porque hacía más caso y se reconocía por más deudor á la gracia con que desde sus juveniles años le previno el Señor, que obligado á la naturaleza. Porque desde esa tierna edad con fuerte y eficaz vocación le llamó Dios á la religión, y en particular fué grande el afecto que mostró á la de la Compañía, igual á las dificultades que los Padres de la Provincia de Portugal le pusieron, y tales, que para disuadirle ó casi imposibilitarle la entrada, le remitieron el cumplimiento de sus deseos á Roma. No sirvió de freno la dificultad, distancia y peligro de la jornada á sus fervorosos intentos, antes de espuela para conseguir el cumplimiento de sus esperanzas. Determinó, pues, partir á Roma desde Portugal, y ejecutólo con tanta eficacia y fervor, que anduvo la jornada á pie, siendo de diez y ocho á diez y nueve años de edad, sufriendo con singular constancia en tan pocos años las forzosas incomodidades de camino tan largo. Llegó á Roma el año de 1575, siendo Sumo Pontífice Gregorio XIII, y celebrándose aquel año el Jubileo grande, y aun antes de buscar posada se fué á nuestra Casa Profesa de Roma, entró en el aposento de nuestro Padre General, que á la sazón era el Padre Everardo Mercuriano, y echándose á sus piés le pidió ser admitido en la Compañía: concedióle benignamente la licencia que pedía, y remitiólo con cartas á la Provincia de Toledo, para donde salió de Roma á pie y con el mismo fervor con que había caminado para ella. Y fué cosa notable, que habiéndose hallado en Roma en el tiempo del Jubileo santo, concurrieron á aquella Santa Ciudad de todas las provincias del mundo innumerable gentío, así para ganar el Jubileo como para visitar sus estaciones: el mortificado mancebo sin divertir su camino, ni aun su pensamiento, alcanzada la licencia de nuestro Padre General, siguiendo su jornada se volvió á salir por la misma calle por donde entró en Roma, sin llevarle la curiosidad á ver la magnificencia de templos y edificios, que dignamente la constituyen cabeza del mundo. Tales eran las ansias de ver logrados sus deseos, que llegó á ser en él devoción y santidad, lo que en otros pudiera parecer menos afecto á la piedad y religión; no visitando aquellos santos lugares bañados con sangre de mártires, enriquecidos con las más gloriosas prendas de la inmortalidad. Llegó á la ciudad de Placencia, donde fué recibido en la Compañía. Tuvo en aquel Colegio su noviciado, con tan extraordinario fervor y aprovechamiento, que hasta la última vejez le duró el calor de aquel primer fuego del espíritu, siendo el discurso de su vida un continuo noviciado en las delicadezas de la virtud, y su vida de novicio fué anuncio de la perfección y santidad que había de alcanzar. Acabado su noviciado, le ocupó la obediencia en el santo y humilde empleo de leer Gramática (era antes de entrar á la Compañía estudiante de Retórica, y de los más aventajados en el arte, y con el ejercicio y uso de maestro, salió tan eminente en la elocuencia y poesía, que fueron algunas obras suyas con exageración estimadas, así en Madrid como en Placencia; sus versos (en que tenía singular gracia) eran tan fáciles, sentenciosos y graves, que engastó en sus obras el Religioso Julio y Demóstenes cristiano; digo, el venerable Padre Fray Luis de Granada, donde dice: que por ser tales, y de tal autor, los quiso imprimir en sus libros. La misma buena elección y aprecio hizo el Padre Posevino, poniendo entre las raras poesías las del Padre Pedro Mendes. Pero no es mucho saliese tan consumado maestro en las letras humanas, el que por orden de la obediencia se empleó nueve años en este ejercicio, antes que le señalase para mayores estudios de Artes y Teología, con tan gustosa resignación del Padre, y con tan humilde reconocimiento de que no era para más que para aquellos primeros estudios, que si toda la vida le dejaran en ese ministerio, no mostrara la menor repugnancia á los superiores). Mas viendo estos cuán suficiente caudal tenía para los estudios mayores, y conjeturando de tan grande virtud y silencio cuán provechoso sujeto

sería para los ministerios de nuestro Instituto, le enviaron á nuestro Colegio de Belmonte á oir las Artes, siendo su maestro el Padre Iturin, y aunque él se excusaba por su edad (pues era á la sazón de treinta años) y por la quietud y paz de que gozaba su espíritu, enseñando á la juventud virtudes y letras, no quiso Dios que tantos talentos como depositó en este siervo suyo se enterrasen en su humildad, sino que se multiplicasen á cuidado de su diligencia y santo celo. Salió aventajado estudiante en las artes por el intenso estudio que puso en aprenderlas; pero como estudiaba por obediencia, y sólo por agradar á Dios, lo exterior de los ejercicios literarios no pudieron disminuir, antes llegaron á aumentar lo interior de su espiritual aprovechamiento. Iban cada día á más en el Hermano Pedro Mendes, las noticias de la sabiduría y los deseos de la perfección, y como la de nuestro Instituto es dedicarse á la salvación de los prójimos, crecían en él con grandes progresos las ansias de pasar á las Indias, convidándole la sazón de sus abundantes mieses; y condoliéndose del poco número de los operarios que entonces había, crecieron tanto estos deseos, que pidió licencia para pasar á estas Indias Occidentales y Provincia de Nueva España. Vino á ella con el Padre Doctor Pedro de Hortigosa, Procurador que fué de esta Provincia á Roma, y volvió acompañado de muchos y excelentes sujetos que la honraron en púlpitos, gobiernos y cátedras.

§ II.

Llega á México el Hermano Pedro Mendes, ordénase de Sacerdote, y los primeros ministerios en que le ocupó la santa obediencia.

Llegado á México el Hermano Pedro Mendes, empezó á estudiar la Teología y la acabó con aprobación común de sus maestros, ordenóse de Sacerdote el año de 1583, en la capilla de una hacienda de labor de nuestro Colegio del Espíritu Santo, llamada San Juan de los Llanos, por mandado del Ilustrísimo Señor Don Diego Romano, Obispo de Tlaxcala, que á la sazón iba visitando su Diócesis: ordenado le envió la obediencia á tener su tercera probación á nuestro Colegio del Espíritu Santo de la Puebla, donde también estaba el noviciado. Procedió el Padre este año con tanta edificación, que á los más fervorosos novicios los dejaba muy atrás en el rigor de las penitencias, en la puntualidad de los ejercicios, en el rendimiento á los superiores; y tanto, que el Padre Gregorio López, persona cuyas letras veneró esta Provincia en la cátedra de Teología, cuyo gobierno de Provincial admiró la de Filipinas, y entonces era maestro de novicios, les ponía por ejemplo al Padre Pedro Mendes, sirviéndoles de un nuevo aliento y religiosa emulación, ver á un hombre de treinta y ocho años de edad y de diez y nueve de religión, de tantas prendas y talentos, tan ajustado á sus reglas, tan rendido á la insinuación de los superiores en cosas árduas ó menudas, tan rígido en sus penitencias, tan puntual en sus ejercicios, tan frecuente en sus oraciones, tan modesto en sus sentidos, que era un modelo de religiosa observancia para todos.

Acabada la tercera probación, le hicieron Ministro del Colegio de

la Puebla, y le dieron el cuidado de la capilla de San Miguel de los indios. Aquí ejercitó este ministerio como propio empleo de su primera vocación, ensayando sus fervores en esta pequeña mies, cuando tan dilatadas se las estaba disponiendo la Divina Providencia en las misiones de Sinaloa, donde tan gloriosas y abundantes cosechas había de coger para las celestiales trojes y graneros. Ibasele el alma y el corazón por el más pobre indiecito, y del corazón á los ojos copiosas lágrimas de devoción y ternura de este ministerio. Pero con tan grande afecto pidió á los superiores ir á las nuevas misiones entre gentiles, que había dado principio el santo Padre Gonzalo de Tapia, que aunque no quisieran alejar de la Provincia un tan consumado sujeto, pero atendiendo á este celo, y recelando no se malograse una vocación tan fervorosa y fuerte, y la salvación de tantas naciones y almas como se descubrieron en las nuevas y extendidas misiones de la Provincia de Sinaloa, en la cual se daba principio á la conversión de una innumerable gentilidad, le concedieron finalmente su santa pretensión. Diéronle por compañero al santo Padre y mártir Hernando de Santaren, el cual padeció después en manos de los crueles apóstatas tepehuanes. Hicieron su jornada los dos santos compañeros con notable conformidad y amor. Uno dedicado á la corona del martirio, y otro á tantos martirios como deseos de padecer mártir. Libróles Dios en el camino de un evidente peligro de muerte, porque como se acostumbra de la gente de campo pegarle fuego, para que de nuevo nazca la yerba y tener pasto suficiente para sus ganados; habiendo los Padres pasado la noche en un campo de estos, se hallaron de repente cercados de las llamas tan altas y violentas, que no sólo las yerbas, sino también los árboles, quedaban resueltos en ceniza. Encomendáronse á Dios en tan evidente riesgo, y sin saber cómo, se hallaron libres del fuego sin detrimento de sus personas ni alhajas. Dieron las debidas gracias á Nuestro Señor por tan singular beneficio y providencia, y confiados de su paternal protección siguieron su jornada sin riesgo ni avería, aunque no sin grave sentimiento de la muerte del santo Protomártir de Sinaloa Padre Gonzalo de Tapia, fundador de sus apostólicas misiones y de las primicias de la inculta selva de esta gentilidad, ya campo fecundo al riego de tanta sangre y fatiga de sus apostólicos operarios. Tuvieron los Padres la nueva de esta muerte tan sentida como envidiada, y del alzamiento de los indios en un pueblo llamado Copirato, veintidós leguas antes de llegar á Sinaloa. Bien pudieran causar temor estas nuevas á los que no tuvieran perfecta caridad como á nuestros dos misioneros, que alentados con las esperanzas del martirio, y animándose el uno al otro, prosiguieron su viaje sin reparar en los riesgos de la vida, y deseosos de encontrarse con una tan dichosa muerte.

Llegados á la villa de Sinaloa, le cupo al Padre Pedro Mendes la misión de Ocoroiri, distante cinco leguas del pueblo de Batoria, lugar recién regado con la fresca y reciente sangre del santo mártir Gonzalo de Tapia. Fué indecible el júbilo y alegría que el Padre tuvo en esta asignación, juzgando que ya Dios le destinaba al deseado martirio, pues á las puertas de su apostólico empleo se veía afrentado con los enemigos de la fe, que habían dado la muerte á su antecesor; pero fueron muy diferentes las disposiciones divinas, guardando entre tantas muertes la vida de este santo Padre, que tantos años había de emplearse en la salvación de aquellas y otras naciones, como lo mostró

la experiencia y se verá por el discurso de esta relación, pues parece que como á otro vaso de elección le daba Dios á entender cuánto le convenía padecer por la dilatación del Evangelio en aquel nuevo campo de la Iglesia, y por la honra y fe del Señor, y no apagar tan presto la luz que había de comunicarla á tantos sepultados en la sombra de la muerte y gentilidad.

§ III.

Naciones que doctrinó y bautizó el Padre Pedro Mendes, en la Provincia de Sinaloa.

Luego que el Padre Pedro Mendes entró en la Provincia de Sinaloa, inquieta y turbada con la muerte del Padre Gonzalo de Tapia, y con el incendio que habían levantado en ella los enemigos de la fe, que le quitaron la vida, acompañó al Padre Martín Pérez, á quien había librado Nuestro Señor entre las llamas de tan gran persecución, para que no pereciera de todo punto aquella cristiandad que estaba tan en sus principios, no habiendo quedado allí otro Sacerdote sino el religiosísimo Padre Martín Pérez, cuya vida escribimos latamente en la Historia de los triunfos de la fe. El nuevo misionero Padre Pedro Mendes, sosegada algún tanto la tempestad, se encargó de la doctrina de tres pueblos llamados Nio, Bacayoc y Ocoroiri, en que había muchos gentiles, y en cada pueblo su lengua diferente. Dificultad que con ser de suyo tan grande y tan molesta, no acobardó un punto el ferviente ánimo y celo de la salud de las almas en el Padre, que acometió á aprenderlas todas, y después otras, como adelante veremos. Ni le acobardó para acometer esta empresa, que el pueblo de Ocoroiri había sido partido y feligresía del Padre Gonzalo de Tapia; y aunque no fueron los vecinos de él los que le martirizaron, pero al fin no era puesto muy seguro de la vida, y con todo, entró en él y se encargó de él; teniendo á grande dicha (como toda su vida la reconoció, y dió gracias á Nuestro Señor por ella) el haber entrado en mies recientemente regada con sangre del que la derramó por la predicación del santo Evangelio, y deseando que Nuestro Señor le hiciese partícipe de semejante dicha.

Comenzó á trabajar el Padre Pedro Mendes con indecibles fatigas y peligros en esta su primera empresa; lo primero, padeciendo en aquellos principios (en que estaba destituida aquella tierra de todo socorro humano) innumerables incomodidades de falta de comida, de casa y habitación, de calores y soles intolerables, y entre gente infiel, inculta y bárbara, sin los otros trabajos de peligrosos y continuos caminos, que le era forzoso hacer en las visitas de sus pueblos. Todas esas fatigas, y otras, venció el Padre, no sólo con paciencia sino con particular alegría de su alma, por ver que las padecía por la gloria de Cristo, y por la salud y salvación de las almas que ese Señor había comprado con su preciosa sangre; y con ese aliento comenzó luego á reducir y recoger los indios que se habían retirado, bautizó los párvulos (que es el primer cuidado con que se da principio á estas misiones nuestras), trató de disponer los adultos con la doctrina del Catecismo, para que los que faltaban por bautizar y se iban agregando

de nuevo se bautizasen. Levantó iglesias, aunque pobres y de madera, cubiertas de paja; porque en aquellos tiempos de aquella primitiva cristiandad, ni había lugar para labrar otros edificios, ni oficiales que lo supiesen hacer; y del mismo género habían de ser las casas que le sirviesen de albergue cuando iba á visitar sus pueblos. Testigo soy de que el Padre Pedro Mendes, los muchos años que estuvo en estas misiones, no tenía más comodidad de habitación que la que tenían los antiguos ermitaños y monjes que habitaban en los desiertos, siendo esta tierra de tan rigurosos calores y soles como los de Tebaida y Egipto. En sus pobres iglesias juntaba los indios, la gente menuda de niños y niñas más frecuentemente, y á sus horas señaladas para que aprendiesen el Catecismo y doctrina cristiana, y aun la pudiesen enseñar á sus padres. Y los domingos á todos juntos, chicos y grandes, les predicaba con tal fervor, cariño y perseverancia, que consiguió el bautizar toda la gente de sus tres pueblos, y formó en ellos una de las buenas cristiandades de aquella Provincia.

Ganó de manera á los indios de esta su primera empresa, que muchos le dieron sus hijos para que formara de ellos un modo de Seminario y escuela donde les enseñara á leer y escribir, y buscó maestro que los enseñase á cantar y tocar instrumentos músicos para servir y oficiar las Misas, y cantar las Salves los sábados en la iglesia. Y de estos mozos sacó algunos tan diestros en la doctrina cristiana, que les permitía, y aun encargaba algunas veces, que la explicasen en la iglesia, para que sus padres, oyendo hablar á sus mismos hijos en las mismas materias, recibiesen con mayor afecto la doctrina que les predicaba, y salieron tan ejemplares estos mozos, y los amoldó el Padre Mendes de tal suerte á la vida cristiana, que algunos de ellos después en otros partidos y naciones sirvieron al mismo Padre y á otros, para entablar en ellas buenas costumbres y mucha cristiandad. Y fué caso raro el que en este primer partido y misión le sucedió al Padre Pedro Mendes, y muestra de cuán bien se había impreso en los corazones de los indiecitos que servían en la iglesia, las costumbres y doctrina que les había enseñado. Porque habiéndose alzado los padres de estos mozos algunos años después, con un alboroto é inquietud que sucedió en la Provincia de Sinaloa, estuvieron tan fuertes y constantes en quedarse y no desamparar á su Padre Mendes, que no pudieron recabar de ellos sus padres carnales por varios combates que les dieron, para que se alzasen en su compañía y los siguieran, retirándose la tierra adentro como ellos lo ejecutaron. Yo mismo puedo ser testigo, que entrando en el tiempo de este alzamiento en la Provincia de Sinaloa, veía que una cuadrilla de los niños y mozos acompañaban á su Padre Pedro Mendes donde quiera que iba, sin apartarse de él ni desampararlo, aunque pasó un año que sus padres y parientes anduvieron á monte sin seguirlos sus hijos, hasta que se redujeron á su iglesia y doctrina de sus pueblos: y ésta fué la primera misión que entre gentiles tuvo á su cargo por tiempo de siete años este varón apostólico.

Mas como la actividad y fervor de su espíritu desease y se extendiese á traer al conocimiento de Dios, si pudiera, á todas las naciones del mundo, ofreciéndose el año de 1606 el abrirse puerta en Sinaloa para entrar á dar doctrina y recibir el Evangelio, y bautizarse nuevas naciones gentílicas que poblaban las riberas de un río grande, que es-

taba diez y seis leguas más la tierra adentro, el Padre Pedro Mendes se ofreció con grande voluntad para esta nueva empresa, aunque sabía muy bien los grandes trabajos y peligros que en semejantes misiones de gente bárbara se pasan, en desbaratar estas selvas y arrancar de ellas las costumbres gentílicas en que se criaron, y plantar en ellas de nuevo las costumbres cristianas de nuestra santa fe. Todas estas dificultades no acobardaron á este apostólico misionero para acometer la empresa; antes en esa ocasión, cuando se le dió la nueva de que el superior de Sinaloa, con consulta que había hecho, le encargaba la doctrina y bautismo de la belicosa nación Tehueca, que era una de las que poblaban aquel río, no cabía de placer, y se despachó para ella con grande alegría y brevedad. Lo que aquí trabajó de nuevo este operario evangélico en desmontar, labrar y cultivar esta viña, no se puede explicar en breves palabras. Y lo primero, tuvo necesidad de aprender nueva lengua, demás de las que ya sabía, que aunque la una de ellas tenía alguna semejanza con la Tehueca; pero como siempre procuró hablar en su propia lengua á los indios, conociendo cuánto importa esto, para que hagan concepto de los misterios de nuestra santa fe, nunca emperezó en tomar este trabajo para tan santo fin, y lo venció de suerte que demás de predicar continuamente á esta nación en su lengua, trasladó en ella las vidas de los santos del *Flos sanctorum* del Padre Rivadeneira, para que los pudiesen leer á su gente los mozos de Iglesia, que como lo había hecho en su primer partido, aquí también enseñó. En esta nueva nación entró bautizando millares de párvulos menores de siete años, que son los que no tenían necesidad de catecismo para ser bautizados: luego introdujo la doctrina para los adultos, bautizó también millares de ellos, extirpó vicios y borracheras, que en ésta como en todas las demás naciones gentiles predominaban; y aunque en esto tuvo mucho que trabajar y padecer, pero mucho más sin comparación en combatir con hechiceros y curanderos supersticiosos, unos que tenían pacto explícito con el demonio y otros implícito, heredado de sus mayores, que es la gente más perversa que se halla entre estas naciones, y la que más se suele oponer á la predicación del Evangelio, como latamente escribimos en la Historia de los triunfos de la fe. Algunos de estos famosos hechiceros vinieron á ser causa de que habiendo trabajado el Padre Pedro Mendes unos siete ú ocho años incansablemente con esta nación Tehueca, entablado en la mayor parte de ella una muy buena cristiandad, á ésta la turbaron é inquietaron los hechiceros, de manera que la pusieron á perderse de todo punto, y aun de arruinarse la Provincia en esta ocasión; peligrando también la vida del evangélico Ministro, que con tantos sudores y trabajos la había fundado, trabajado y doctrinado. Y éste fué uno de los riesgos mayores en que se vió este siervo de Dios de perder la vida por la predicación evangélica, como adelante se dirá. Apagar el incendio que levantaron los hechiceros, y sosegar la gente que con sus embustes habían alzado, costó mucho trabajo y cuidado al capitán y soldados que el Rey tiene de presidio en esta Provincia, y le fué forzoso entrar á castigar y hacer justicia de los más culpados; con esto se acabó de sosegar esta borrasca, y la nación Tehueca quedó en paz y prosiguió adelante con ella y con la doctrina que había bebido de su Padre Pedro Mendes, y fué, y es, una de las cristiandades más ejemplares que hay en esta Provincia.

§ IV.

Sale de Misiones el Padre Pedro Mendes, viene á México y vuelve á doctrinar muchas naciones gentiles en Sinaloa.

Muchos años había trabajado el Padre Mendes en las misiones de Sinaloa, pasando en ellas grandes fatigas y trabajos, en tiempo que por estar ellas en sus principios, fueron mucho mayores las incomodidades y dificultades que se ofrecían para plantar la fe en aquellas naciones incultas y bárbaras. El Padre ya estaba adelantado en la edad, y á esto se llegaba que con el fervor de su espíritu y talento de púlpito (que lo tenía muy bueno para predicar á españoles), y podía hacer mucho fruto en sus almas, empleando su doctrina en la Casa Profesa de México, y él solía decir lo del Apóstol: *Sapientibus et insipientibus debitor sum*, que estaba obligado á emplear su vida y fuerzas en ayudar á todos, á chicos y grandes, á indios ignorantes y sabios españoles. Habiendo, pues, empleado su fervoroso celo tantos años en ayudar á indios bárbaros, pareció á los superiores que viniese á México á ejercitar los ministerios de nuestra Compañía con españoles y antiguos cristianos á la Casa Profesa, y en cumplimiento de esta orden salió de Sinaloa, y caminando las trescientas leguas que hay desde allá á la ciudad de México, con la pobreza de avío que siempre guardó en las innumerables jornadas que anduvo en su vida, contentándose unas veces con unas tortillas de maíz, y otras con añadir á ellas un potaje de calabazas cocidas con agua ó unos frijoles, que son las habas de la tierra, llegó á la Casa Profesa, y luego, sin descansar, se plantó en un confesonario á oir de penitencia incansablemente á cuantos negros ó blancos, altos ó bajos á él venían, sin negarse al más triste indio ó esclavo que llegase á sus pies, y subiendo al púlpito en cualquiera día que los superiores le mandasen, á quien oía la gente como á predicador, que salía de predicar en los desiertos de la gentilidad.

Este era el empleo en que se ocupaba el Padre Mendes, en México, cuando en la Provincia de Sinaloa, dando Dios próspero curso á la predicación del Evangelio, movió á una nueva nación gentil del río de Mayo á pedir que entrasen Padres á sus tierras, porque querían bautizarse y hacerse cristianos como los demás que lo eran en la Provincia. Dióse razón de esta buena nueva al virrey de la Nueva España, como á cuyo cargo está el Patronato del Rey en todas sus Iglesias, y al Padre Provincial en México, para que se despachasen Padres que se encargasen de esta nueva empresa; porque los que allá estaban no podían dejar las doctrinas que ya tenían á su cargo, y el río de Mayo estaba distante de ellas unas cuarenta leguas. Su Excelencia remitió la asignación de los que le pareciesen á propósito para esta nueva conversión al Padre Provincial, que lo era el Padre Rodrigo de Cabredo, varón de grande gobierno y espíritu, y que deseó siempre el buen progreso y adelantamiento de aquellas tan gloriosas misiones. Hizo muy particular oración á Dios el Padre Provincial, pidiendo á su Majestad que le diera luz para escoger el Ministro que fuese más á propósito para obra de tanta gloria suya, y de bien de tantas almas que quería sacar de las tinieblas en que estaban, alumbrándolas con la doctrina de su santo Evangelio. Y súpose que estando diciendo Misa el santo

Prelado por este intento, y teniendo en sus manos la Hostia consagrada para recibirla, sintió una particular moción é impulso interior en el alma, que le significaba que señalara al Padre Pedro Mendes para esta empresa; y así, en acabando de decir Misa llamó al dicho Padre, á quien también tenía Dios prevenido con deseos é impulsos de emplearse en esta obra. Propúsole el Padre Provincial las conveniencias que hallaba en que, aunque su edad estaba tan quebrantada con los trabajos que había pasado en Sinaloa, con todo, se animase á trabajar de nuevo en ayudar á tantas almas como las que querían recibir la luz del santo Evangelio en esa misma Provincia; á que se añadía, que la lengua de los mayos, y en que habían de ser doctrinados, era una de las que ya tenía aprendidas. Apenas había hecho su proposición el Padre Provincial, cuando el Padre Mendes no sólo había aceptado con acción de gracias la oferta, sino puesto como dicen haldas en cinta para partirse á la jornada de más de trescientas leguas; abrevió todo cuanto pudo el siervo de Dios en poner en ejecución su partida, porque nunca se embarazaba en buscar muchas comodidades en sus caminos y empresas evangélicas. Anduvo sus trescientas leguas, llegó á la villa de Sinaloa donde ordinariamente asiste el Rector de aquel Colegio y sus misiones, y también el Capitán del Presidio que allí tiene el Rey, que era á la sazón el famoso Diego Martínez de Hurdaide. Dió razón de su venida al uno y al otro, y sin parar á descansar de viaje tan prolijo y largo, trató luego de partirse á su nueva misión de Mayo, distante de la villa otras cincuenta leguas más la tierra adentro, y fué esta prisa y fervor de ayudar aquellas almas tal, que ni aguardó ni dió lugar á que los Padres que estábamos en nuestros partidos y otras misiones no muy distantes, llegáramos á darle la bien venida y vuelta á Sinaloa, como lo suelen hacer cuando llega de nuevo alguno de sus hermanos á una Provincia tan apartada y remota como ésta. Porque dispuso su partida este misionero apostólico con tanta presteza, que no dió tiempo ni lugar á que se consolaran con él y lo saludaran sus hermanos en Cristo; pero no obstante esa prisa, el capitán del presidio que había tenido antigua amistad y estimación al Padre Pedro Mendes, determinó acompañarle él mismo en su jornada con algunos soldados, porque por estar cerca de la nación Mayo, otras que eran gentiles y sus enemigas, que la quisieran turbar é inquietar en esta ocasión, ó algunos hechiceros de la misma nación, poder sosegar cualquiera alboroto que sucediese ó se intentase, y así hicieron juntos esta jornada.

Bien mostraron los efectos y frutos que en esta nueva misión cogió este misionero apostólico, que la elección que de él había hecho el Padre Provincial, no había sido acaso sino con particular disposición y luz del Cielo, porque los frutos fueron copiosos, y tan abundantes y propios, que no hubo más que desear en el suceso. Porque los mayos recibieron á su Padre Mendes, con singulares demostraciones de alegría, saliéndole á recibir dos y tres leguas antes que llegara á sus pueblos, y por todas ellas á trechos levantaron sus arcos triunfales de ramos de árboles, que son sus tapices. Juntáronse casi treinta mil almas de todas sus rancherías, que se habían ya congregado en siete pueblos de á trescientos, quinientos, y algunos de más de mil vecinos, en ellos tenían levantadas ramadas que sirviesen de iglesias y albergues del Padre, mientras se hacían otras de propósito. En ellas comenzó luego á hacerles sus pláticas, y darles razón de su venida desde México, después de sus trabajos pasados en aquella Provincia, y de que ellos ya tenían noticia. Y esto, junto con hablarles y predicarles en su lengua que ya el Padre sabía (cosa que capta la benevolencia entre estas gentes notablemente), todo les causaba singular gusto y alegría. Recogieron luego todos sus hijos que estaban en edad de párvulos, para que por medio de las aguas del bautismo el Padre los reengendrase en Cristo, los hiciese hijos de su Iglesia, y muy en particular hijos suyos; y en esta primer entrada se le añadieron y multiplicaron tantos hijos espirituales al Padre Mendes, demas de los que en sus misiones pasadas había reengendrado en Cristo, que fueron tres mil párvulos, sin otros viejos y enfermos de peligro que le había guardado Dios, para que cuando llegase los lavase en la sangre de Cristo, y entrasen en el Cielo con la gracia bautismal. Esto hecho, dejó el capitán al Padre en la posesión de la nueva viña que Dios le había encomendado, y se volvió con sus soldados á la villa, dejándolo solo en la labor de una nación tan apartada y remota. Lo que aquí trabajó en tiempo de tres años en doctrinar y bautizar toda esta gente, no es fácil de explicar; y en suma, se puede decir, que en toda la nación de los mayos formó una cristiandad de las más ejemplares que se vieron en Sinaloa, y aunque es fácil de decir esto sumariamente; pero los que tienen experiencia de lo que cuestan nuevas empresas entre naciones bárbaras é incultas, muy bien saben los grandes trabajos y dificultades que en ellas se padecen, y con la gracia y favor divino se vencen, aunque con igual fruto y salvación de innumerables almas; lo mismo le sucedió al Padre Pedro Mendes, que le costó grande trabajo el comunicar la luz del Evangelio, y hacer cristiana á toda la gentilidad, y combatir con no pocos hechiceros supersticiosos, que ordinariamente se oponen á la doctrina del Evangelio; pero finalmente salió con victoria, bautizó casi treinta mil almas, levantó siete iglesias (aunque pobres y cubiertas de paja, que después se mejoraron), con los siete pueblos que hoy perseveran en Mayo, con grande ejemplo de cristiandad.

Pero aún no habemos acabado de contar las naciones que el Padre Pedro Mendes alumbró con la doctrina del santo Evangelio, porque lo primero, habiendo dado asiento á la doctrina que dejó comenzada el santo Padre y mártir Gonzalo de Tapia, en los pueblos de Nío y Ocoroiri, y después de haber fundado la doctrina y misión de la nación Tehueca, y después de ésta la de la nación Mayo de que acabamos de hablar, su adelantado espíritu y ansias de convertir y traer al conocimiento de su Criador (si pudiera) á todas las naciones del mundo (pareciendo en esto á nuestro apóstol de la India San Francisco Javier, de quien fué muy devoto), pasó después por obediencia al río y populosa nación de Otiaquis, doce leguas la tierra más adentro, donde poco antes se había dado principio á su conversión, y por haber sacado la obediencia para otro oficio fuera de Sinaloa al Padre, que había comenzado á dar doctrina y bautizar esta nación; el Padre Mendes se ofreció, y fué señalado para proseguir con esta nueva empresa, la más importante y más populosa que se había descubierto en Sinaloa, porque fué la más belicosa y brava de la Provincia, y él doctrinó y bautizó gran número de otiaquis, y entabló é introdujo en ellos unas costumbres tan cristianas, que ayudaron después con su ejemplo á